



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12550

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Ú: más, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jera.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

LUNES 7 DE SEPTIEMBRE DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Cauvart 14
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Rumores

Se dice y no solo se dice sino que se afirma, que las Escuelas graduadas no se inauguraran a su debido tiempo.

¿Por qué?

Por que no hay material.

Nosotros hemos visto alguno en la secretaría del ayuntamiento: unos modelos de mesas para niños de distintas edades, pero parece que no hay mas que eso.

Es bien poco; si al principiar el curso anda tan descuidado el manejo de esas escuelas que nos granjearon un día el elogio de las autoridades nacionales y el entusiasmo de los pueblos, puede asegurarse que se ha perdido el curso y con él el motivo de aquellos elogios y de aquel entusiasmo.

Los que tal sepan, creerán que aquella inauguración de las obras, a la que hicimos asistir al ministro de Instrucción pública, diputado nuestro y actual ministro de la Gobernación, era un alarde de cosa no sentida y que aquel entusiasmo de la prensa local; que mostraba al ayuntamiento de entonces como digno de ser imitado por todos los municipios españoles, era un entusiasmo de dudá...

Tendrán mucha razón al creerlo así, sin embargo de que no es verdad.

Y no lo es, por que la prensa no ha abandonado la campaña en pro de la enseñanza pública. Cuando con ocasión de uno de esos incidentes que paralizan de momento las obras de cierta importancia, han quedado en suspenso las de ese edificio, en su multiplicación

estriba la regeneración del país, no ha faltado un concejal que pregunte en sesión pública el motivo de dicha suspensión.

Acabadas las obras, se trató de adquirir el material; y como algunos concejales juzgaron que era insuficiente el plazo que quedaba hasta la apertura del curso para adquirirlo conforme al procedimiento de contratación pública, se acordó pedir la excepción de subasta. Es más, el señor Jorquera pedía en aquella sesión que, á ser posible, fuese lujoso el menaje de la escuela, por entender que si hay alguna cosa en la que no se deben hacer regateos, es en el material de enseñanza.

¿Para qué han servido tan buenos deseos? ¿Qué bienes ha proporcionado la excepción de subasta otorgada por el gobernador?

Ningunos. La pérdida del curso, ó de la mitad ó de la tercera parte; un lapso de tiempo perdido; una prolongación indefinida de las vacaciones.

Cuando se acaba de poner en vigor una ley que obliga a recoger los niños del arroyo, ley sabia que tiene la tendencia de obligar a los padres descuidados a enviar sus hijos á la escuela, va a darse el caso de no haber en esta población escuelas municipales a que ir.

Y no las habrá, por que, según nos dicen, los maestros públicos, que debían comenzar el curso en las Escuelas graduadas, se despidieron al entrar en vacaciones, de los locales que ocupaban las antiguas escuelas.

Desearíamos que los rumores que hasta nosotros llegan, y que afirman lo que expuesto dejamos, no fuesen verdad, por que de con-

firmarse sería ridícula en grado sumo la situación de Cartagena.

Y no la merece.

¿Qué ha de merecerla si no tiene la culpa!

TIJERETAZOS

Al ver como los poderosos de la tierra se apresuran á hacer y devolver visitas, dice un colega madrileño que nunca estuvo tan segura como ahora la paz europea.

Pues no es porque no haya motivo de que la paz se vea; por que están ahí la cuestión de China, la de la península balcánica y la del imperio marroquí, que juntas y separadamente están dando que hacer.

Y a propósito del conflicto africano:

Dice el colega á que nos referimos que nada tiene que temer España en ese asunto, porque está arreglado por ahora y para el porvenir.

¿Quién lo ha arreglado, el Roghi ó el sultán?

Mientras no se deje cesante á lo imprevisto — y eso no puede ser — la cuestión de Marruecos llevará á Europa de cabeza y le obligará á permanecer armada hasta los dientes, no para otra cosa sino para disimular el miedo.

Este es el que trabaja por la paz.

La mayoría de los alcaldes de barrio de Ferrol ha dimitido, porque en un reparto de bonos de pan no se acordó de ellos el alcalde, siendo así que nadie sabe como ellos donde están los pobres.

El resentimiento es justísimo pero hace ya mucho tiempo que al alcalde de barrio se lo quiere solo para presidir los colegios electorales y ganar las elecciones.

Lo demás, incluso el darse lustre, lo hacen los concejales.

Por eso usan fajín.

DE REGRESO

Como asistentes, los tiene abundantes el viaje anual obligado que hacemos á Murcia los cartageneros.

La madrugada para tomar el primer tren; la cita en el café con los amigos expedicionarios; el paso de la gente que marcha apresurada teniendo llegar tarde; el ir y venir de las tartanas á la estación férrea; todo ese movimiento extraordinario, á hora desusada, influye sobre el ánimo y quieran que no quieran, se acaba por ir á la estación y echarse en un vagón del tren.

En cualquiera otro que no fuese de toros se renegaría de los compañeros de vino y al llegar á la estación inmediata á la de origen se buscaría al jefe para darle quejas; pero en estos trenes de robaja sucede al revés. Si no se canta ni se cuentan chistes ni se mete ruido, molestando mucho, resulta el viaje sos.

La verdad es que si no fuese por las agudezas de la gente alegre y por tal cual tomadura de pelo que obliga á reír sin querer, no sería posible resistir las tres horas que se tarda en llegar á orillas del Segura. Pero el tiempo pasa entre el dicho de este y el cuento de aquel; las estaciones se van quedando atrás con sus andenes llenos de mirones y entre el coro de *Los repatriados el val de los olus*, algo de canto jondo complicado á veces con algunas patálas del baile flamenco, varía la decoración, es decir, queda atrás el desierto campo que cruza la vía desde Cartagena y se entra en el oasis conocido por *vega murehana*.

¿Qué hermosa! Si las tres horas que dura el viaje se deslizara el tren por un terreno igual, no canmaría; pero ¿quién se recrea con las arideces del resto del camino?

¿Qué fastidio viajar en tren de toros cuando se llega á Beuís! La gente que va de pie tapa las ventanillas y los ojos no pueden, aunque quieran, abarcar el oceano de verdura que se extiende á ambos lados de la vía.

El cerebro conserva de un año para otro el cliché de la huerta, y sin embargo, cada año nos parece distinta y se nos ofrece con nuevos atractivos.

Los árboles de sombra; las casitas que se ven bajo las rannas; las huertanas que salen á la puerta atraídas por el ruido del tren; las piladas de frutos que parecen montones de esmeraldas, granates y topacios, todo lo que la vista abarca, hace pensar en algo patriarcal que conmueve. ¿Se piensan tan-

tas cosas cuando se tiene el espíritu encantado y los ojos llenos de cosas bonitas!

Con la rapidez de la locomotora pasamos ayer por la huerta; por ante nuestros ojos desfiló la torre señalando al cielo; paseamos por la feria y fuimos á los toros.

Echemos un velo sobre la fiesta nacional. Presenciándola ayer y pensando en la poca atención que la dedica el público, nos dimos cuenta de que tiene razón.

La plaza no se llena como antes se llenaba, no porque la afición decaiga, sino porque no vale la pena de ver toros malos, lidiados por toreros de segunda fila, pagando más que se pagaba para ver á Fraaguolo y Lagartijo.

Por eso aunque aumenta de año en año los forasteros que van á Murcia, disminuye el número de los que van á las corridas. De los escarmentados salen los aviados.

Y tienen razón que los sobra.

RUMORES

VERANEO ESTÉTICO

Escondido y como vergonzoso, entre las diversas noticias telegráficas de la prensa, aparece el grave rumor de que en un punto de la costa lusitana, en esta malaventurada península ibérica, se ha presentado la terrible, la temerosa, la espantable peste bubónica.

La noticia es para que se caigan de espaldas, no ya los más medrosos, sino también los que pasan por intrépidos, y dada así, de sopetón, sin previo aviso, es capaz de producir escarlatinas, el tétano, y aún el baile de San Vito, que debe ser un santo muy alegre y divertido, al más pintado.

De algún tiempo á esta parte, todas las noticias desagradables vienen de Portugal, incluso la de la confabulación ó convalchamiento de los nobles hijos de Camoens con los flepnáticos de la soberbia Albión, para extender la dominación luso británica hasta las riberas del Tajo, cerca de los Ci-garros de Toledo, y merendarse por mar «honitamento» el archipiélago canario.

Fuera de estas fantasías de verano, con el rumor ese de la peste bubónica viene

Probad el Cognac de HENRI GARNIER y C.

DOS MISERIAS

47

46 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

DOS MISERIAS

43

sillas, platos y les venderé la mejor uva de las viñas. Es preciso, pues, que vengáis, hermano. Mr. Figel es un buen servidor, que bebe bien, canta mejor, y de seguro nos hará pasar un buen rato. ¿Conque estais enterados? Hablaréis con él, y no creais que vais á tratar con un cualquiera; dicen malas lenguas que es nada menos que bastardo de un par de Francia.

—¿Y eso es verdad?—pregutó mi padre.

—¿Cómo si es verdad? Lo es, y de los más devotos; un par de Francia que va á misa todos los días. He olvidado su nombre; pero cuando á Figel se le hayo subido el vino á la cabeza os lo contaré todo.

Mi padre pareció reflexionar.

—¿Un par de Francia!—dijo. —¿Si pudiera apoyar uno de mis memoriales!

Me conviene hacer relación con ese señor Figel; leé el domingo, hermano, espérame.

—¿Con Luis?

—Con Luis.

—Así me gusta; os espero sin falta; pero me entretengo demasiado, y esto os cues: al fin voy á llegar después de comer.

Ya a'argaba la mano para tomar su sombrero, cuando sus ojos cayeron involuntariamente sobre los restos de la comida.

—La verdad,—dijo,—yo voy á tomar un poco de pan, por si acaso, con eso poco de queso; así, si e

—Imposible, hermano! Esto ira á cuenta de la provisión de albaricoques y harinas que te mandé la primavera á títima.

—Mi padre levantó asombrado la cabeza; pero ya era tarde; el saquito acababa de desaparecer debajo de la blusa del tío Minart.

—Necesito partir al punto—exclamó mi tío levántandose.—Viroflay está lejos de vuestre casa. Pero no es esto todo; deseo que me paguéis esta visita, y venia con ánimo de convidaros.

—Sabes que no estoy libre más que el domingo,—exclamó mi padre.

—Pues precisamente el domingo próximo es cuando os aguardo. Habrá una pequeña fiesta en nuestra casa, una gran comida.

—¿Qué tú nos das?

—Yo no doy nada jamás; los tiempos no están buenos para dar! Un parisien que ha ocupado mi casa el verano último, me ha pedido pasar un día de campo en ella; allí en el campo, sobre la verde yerba. Ha dicho que él lo llevará todo, y así he consentido. Se ha convenido en que nos daría de comer; y como sois de la familia, comeréis con nosotros.

—Pero ¿y si ese caballero no fuera del mismo gusto?

—Y aunque no fuero; ¿qu estáis en mi casa? Además yo también tenga parte en la comida, les doy

—No es mala idea la que me das, confiado. Pásame ese trozo de carne asada, muchacho.

Yo pasé el plato á mi tío Claudio Minart, que le recibió melancólicamente y le vació por completo en el suyo.

—A propósito,—dijo mi padre,—no te he pedido noticias de tu mujer.

—Mi mujer,—repuso el campesino,—es siempre la misma: una devota incorregible del padre Eterno.

—¿No has podido cambiar su carácter?

—No por cierto, le he dicho cuanto se puede decir y hasta he empleado el mango de mi látigo como argumento, pero en balde.

—¿De modo, que toudrés muchas querellas?

—Si tal, cuando encuentre amigos que me pagan un trago, entonces quiere ella sermonearme y hablarme de su buen Dios, pero yo encuentro medio de meterle otra vez en él estómago su extraño capricho.

—¿Y no se subleva contra tí?

—Comprende su inferioridad, porque como yo le digo, «si habieras traído alguna fortuna á la casa, podrías chillar y respetaría tu opinión, pero soy yo quien ha ganado todo lo que hay aquí, con que así «mitis» ella comprendé la fuerza de tales argumentos y baja sus orejas y se vá.

—¿Y qué es lo que te trae hoy á Paris?

—¡Ah! es verdad; tengo que hablarte, confiado.]